

La última pincelada

El remolino surgió sin aviso y empezó a succionar el color del mundo. Absorbió el rojo de los uniformes de los niños, el amarillo de las frutas, el café de los ojos... Fue un fenómeno extraño: indoloro, fugaz, imparable. Al cabo de un suspiro, no quedó nada. Solo sombras.

Dicen que todo comenzó cuando las guerras fueron tantas que nadie recordaba ya el motivo de sus peleas; solo obedecíamos a la publicidad nos hacía creer en “bien mayor”.

Entonces, en la una de las ciudades más pobladas del planeta, aparecieron tres entidades flotando como dientes de león, cada una con un color primario -rojo, azul y amarillo- brillando sobre su forma indefinida.

—Humanos —dijeron (aunque era imposible saber si hablaba una sola voz o las tres al mismo tiempo), —desde que llegaron a este mundo, pelean sin cesar. Primero por comida, luego por territorios, más tarde por el tono de su piel... y ahora ni siquiera recuerdan por qué. Hemos estudiado su historia y hemos hallado el factor común: el color.

¿Despreciarían a alguien si no conocieran el tono de su piel? ¿Valorarían una joya si no percibieran su matiz? ¿Codiciarían lo ajeno si no supieran qué les pertenece? ¿Amarían, odiarían o soñarían si todos compartieran el mismo color?

Por eso nos vamos...y con nosotros, todo el color.

La ciudad que rebosaba de vida con sus luces neones, con niños corriendo en las calles, con música se volvió gris y fría. Un invierno interminable abrazó el mundo y con ello, los humanos nos convertimos en sombras indiferenciables unas de otras, carentes de nuestra propia luz interna.

La gente comenzó a caminar mirando al suelo, ya no existía un motivo para ver al cielo.

Poco después, visite el estudio de mi madre. Antes olía a pintura fresca. Siempre la encontraba cantando suavemente frente al lienzo. Pintaba con delicadeza sus recuerdos —un atardecer, una estrella fugaz, el primer beso con mi padre —, luchaba por mantenerlos vivos y con ella. Sin embargo, el estudio ahora estaba solo y oscuro.

Mi mamá no sobrevivió cuando perdió el color. Se quitó la vida al quinto día. Ya no podía pintar a su madre ni a mi padre, que habían fallecido. Ya no podrá expresar como se sentía en el lienzo ni distinguir el olor de sus pigmentos favoritos.

El último día que hable con ella, me llamó y me dijo:

—Cariño, te amo. Pero sin color mi vida es un lienzo que jamás podré cambiar: destinado a no soñar, a estar encerrado, a no vivir. Sin color, ¿cómo expresaré el amor? Un niño expresa su amor con dibujos hacía su madre, una pareja con una carta de amor y fotos, yo con pintura. Si ya no puedo soñar, si no puedo sentir...¿qué hago aquí?

Mientras recojo los pinceles de mi mamá me pregunto, si algún día aprenderemos a reencontrarnos en un mundo sin color... o si quedaremos atrapados para siempre en esta rutina interminable de sombras.